ARCHIVOS
de historia del movimiento obrero y la izquierda

ISSN 2313-9749
ISSN en línea 2683-9601
Año XV, n° 29, pp. 169-195
septiembre de 2026-febrero de 2027

***DEBATES***

# Clase obrera, Estado e izquierdas en Argentina, 1880-1916. La interpretación liberal y sus límites

**Lucas Poy**

Vrije Universiteit Amsterdam - Instituto Internacional de Historia Social -
Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas.
Amsterdam, Países Bajos
lucaspoy@gmail.com
Orcid: 0000-0001-9655-1808

**Título:** Working Class, State, and Left-Wing Movements in Argentina, 1880-1916: The Liberal Interpretation and Its Limits

**Resumen:** Este artículo discute un conjunto de trabajos recientes de Roy Hora que, en línea con una tradición historiográfica liberal, asocian el dinamismo de la economía exportadora y la apertura institucional de la Argentina de 1880-1916 con la moderación de los trabajadores y la marginalidad de las izquierdas. Sostiene que esa interpretación descansa en una noción implícita de actor racional que evalúa "ofertas" políticas a partir de preferencias previas, y que por eso deshistoriza la formación de clase. Frente a ello, el trabajo propone una perspectiva relacional que entiende a la clase trabajadora como resultado de

DOI: https://doi.org/10.46688/ahmoi.n29.562

Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

procesos conflictivos de organización, experiencia y acción colectiva, en los que las izquierdas intervinieron y a través de los cuales también se constituyeron. Argumenta que la mediación estatal en los conflictos laborales, desencadenada por las huelgas, fue complementaria de la represión. Muestra, además, que los indicadores de integración que utiliza la lectura liberal capturan sobre todo la experiencia de los trabajadores varones, y que la comparación con Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia omite que la integración obrera en dichas regiones se apoyó en la expropiación de las poblaciones indígenas y en la exclusión racial.
**Palabras clave:** Formación de clase – Movimiento obrero – Izquierdas – Historiografía liberal

**Abstract:** This article discusses a set of recent works by Roy Hora which, in line with a liberal historiographical tradition, link the dynamism of the export economy and the institutional openness of Argentina between 1880 and 1916 to the moderation of workers and the marginality of the left. It argues that this interpretation rests on an implicit notion of a rational actor who weighs political "offers" on the basis of pre-existing preferences, and that it therefore dehistoricises class formation. In response, the article proposes a relational perspective that understands the working class as the outcome of conflictual processes of organisation, experience and collective action, in which the left intervened and through which it was also constituted. It contends that state mediation in labour disputes, triggered by strikes, was complementary to repression. It further shows that the indicators of integration used by the liberal reading mainly capture the experience of male workers, and that the comparison with Britain, the United States and Australia overlooks the fact that working-class integration in those countries rested on the dispossession of Indigenous peoples and on racial exclusion.
**Keywords:** Class formation – Labour movement – The left – Liberal historiography

**Recepción:** 10 de junio de 2026. **Aceptación:** 7 de agosto de 2026

* * *

Las décadas que se extienden entre la consolidación del Estado nacional y la reforma electoral de 1912 han recibido, en los últimos años, una atención renovada en la historiografía argentina, que ha vuelto sobre la formación de la clase trabajadora, las trayectorias de las izquierdas y el papel del Estado. Una de las contribuciones más sostenidas a ese debate es la de Roy Hora, autor de casi una decena de artículos sobre estos temas (Hora, 2019, 2020a, 2020b, 2021, 2023, 2024; Albornoz y Hora, 2026). El hilo conductor que atraviesa sus trabajos es que las condiciones materiales, institucionales y políticas de la Argentina finisecular han sido mal comprendidas por lo que él denomina una "corriente de interpretación dominante", atrapada en "narrativas tradicionales", que mira el pasado con "los ojos sesgados de los impugnadores del sistema"

(2019, p. 56; 2020a). Hora despliega su argumento en varios planos. En el terreno económico, insiste en que el dinamismo de la economía exportadora constituyó "un obstáculo formidable para la radicalización" obrera y para "la construcción de su identidad en tanto clase explotada" (2019, p. 56). En el plano institucional, sostiene que el Estado liberal fue "tolerante antes que represivo" y no presentó "impedimentos de relevancia" a la organización obrera en el último cuarto del siglo XIX, ofreciendo libertades de asociación, prensa y huelga que eran, para los trabajadores, "sin duda más relevantes que la participación en comicios" (2019, p. 58; 2020b, p. 333). A partir de constatar que las autoridades intervinieron frecuentemente como mediadores en los conflictos laborales, Hora concluye que el gremialismo proletario estaba "incorporado en el seno de la república capitalista" (2019, p. 59). En cuanto a la izquierda, sostiene que socialistas y anarquistas "sólo encuadraban a una porción muy reducida de los asalariados" y que su radicalidad se limitaba al plano discursivo (2021). Frente a la izquierda, otros actores –católicos, liberales, radicales, e incluso empresarios– habrían tenido un eco mayor entre trabajadores y trabajadoras. El corolario es que la corriente verdaderamente representativa del movimiento obrero fue un gremialismo de "impronta laborista", pragmático y concentrado en la mejora de las condiciones de trabajo, más comparable al de Gran Bretaña, Estados Unidos o Australia que al de la Europa continental. Los momentos de radicalización –el auge anarquista tras 1902, el avance comunista en los años 30– aparecen en este análisis como la "reacción de los trabajadores ante un país que de manera abrupta les dio la espalda": desviaciones temporarias de un sendero cuya dirección normal era la moderación (Hora, 2019, p. 60).

La intervención de Hora retoma y enriquece una tradición historiográfica liberal de larga data, que interpreta a la Argentina anterior a 1916 como una etapa de expansión económica, apertura social y vitalidad institucional (Díaz Alejandro, 1975; Cortés Conde, 1979, 1998; Gallo y Cortés Conde, 1995). La tradición liberal había formulado estas proposiciones como parte de una caracterización general del período, pero no las había desplegado de manera sistemática en los debates de la historia del trabajo. Hora da ese paso, y para darlo construye un adversario único: la "narrativa tradicional", una rúbrica bajo la cual subsume tradiciones historiográficas muy diversas. Esa homogeneización es, en buena medida, condición de posibilidad de su intervención: solo agrupando bajo una sola etiqueta a perspectivas que conceden centralidad analítica al conflicto de clase puede presentarse el desplazamiento liberal como ruptura con un campo unificado. Pero el costo de esa operación es alto. Al construir su adversario en estos términos, los textos de Hora no dialogan con los problemas y herramientas que la disciplina ha de-

sarrollado para pensar las cuestiones que él mismo aborda: una teoría de la formación de clase, una perspectiva de género, un análisis de la dimensión racial de los procesos que describe, una conceptualización del Estado que vaya más allá del marco institucional liberal. Este artículo examina esa ausencia y sus consecuencias analíticas.

## Periodización, identidad y sujeto histórico

Al extender las tesis de la tradición liberal hacia el terreno de la historia del trabajo, Hora entra inevitablemente en contacto con otra tradición que había abordado, desde premisas distintas, algunos de los mismos problemas: la obra de Luis Alberto Romero y el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA). La relación merece ser calibrada con cuidado, porque la distancia entre la tradición liberal y la del PEHESA es menor de lo que suele suponerse. Ambas coinciden en cuestionar a una historiografía que veían como "militante", ponen énfasis en que la clase obrera argentina transitó un camino de moderación y desconfían de los marcos analíticos que hacen del conflicto de clase el eje organizador del análisis. Pero difieren en la pregunta que se hacen, en la periodización con la que responden y en el tipo de explicación que ofrecen.

La inquietud del PEHESA, en el contexto específico de la transición democrática de los años 80, era cómo se había constituido históricamente la cultura política argentina y dónde podían rastrearse, en la experiencia de los sectores populares, aquellos "nidos de la democracia" que habrían de nutrirla (PEHESA, 1982). Esa pregunta se traducía en una periodización nítida: hasta 1910, había existido un período "magmático y conflictivo", donde decantó una identidad "crítica y contestataria" y "centrada en el trabajo", orientada hacia la subversión del orden social. Hacia la década de 1920, en cambio, "esta identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose, y progresivamente se constituyó otra, que hemos caracterizado como popular, conformista y reformista" (Gutiérrez y Romero, 2007, pp. 12-13). El corte entre ambas etapas se ubicaba en torno a la reforma electoral de 1912 y el triunfo radical de 1916.

Esa periodización organizó buena parte de la producción de la época. La investigación de Juan Suriano (2001) sobre el anarquismo en el período previo a 1910, por ejemplo, se inscribía coherentemente en ese esquema: la conflictividad y la radicalización eran rasgos esperables de la primera etapa, antes del giro hacia la integración popular que se abriría con las presidencias radicales. Algo similar puede decirse del modo en que Ricardo Falcón (1987) leía la configuración del movimiento obrero finisecular –la prevalencia del anarquismo, la dificultad del socialismo, la persistencia de las identidades étnicas– a través del carácter

exclusivista del régimen oligárquico, y situaba en la Ley Sáenz Peña el punto de inflexión que reconfiguraría el conjunto de las relaciones entre el Estado, los partidos y los trabajadores. Al extender la tesis de la integración hacia atrás, hacia la Argentina del orden conservador, Hora disuelve esa frontera que había estructurado tantos análisis. Cuestionar esa periodización toca un nervio sensible de la producción historiográfica de las últimas décadas y abre un terreno analítico fértil.

El problema es lo que Hora hace con ese terreno una vez abierto. Romero leía las dos etapas a través del prisma de su propio momento político: el orden conservador como el "antes" desde el cual había que partir, las presidencias radicales como el "después" hacia el que se orientaba la integración democrática del campo popular. La estructura de su periodización funcionaba como contraparte historiográfica del horizonte abierto en 1983: antes de la democracia, conflicto y exclusión; con la democracia, integración (Poy, 2016b). Al aplanar las dos etapas en una sola trayectoria de integración, Hora descarta lo más productivo del análisis del PEHESA: la pregunta sobre cómo se forman históricamente las identidades populares. Romero (1987) distinguía cuatro vías: la experiencia vivida, la identidad atribuida por "el otro", la acción del Estado, la Iglesia y los medios en la producción de sentido común, y la intervención de intelectuales y políticos contestatarios. El aparato analítico estaba al servicio de explicar una *transformación*, lo cual presuponía que las identidades populares no eran un dato sino el resultado de un proceso histórico. En esta formulación se advertía la influencia que la obra de E.P. Thompson ejerció sobre el PEHESA y, más ampliamente, sobre la renovación de la historia social argentina posterior a 1983. Aun quienes no compartimos las respuestas a las que llegaba Romero podemos advertir que la pregunta era importante: ¿cómo se producen históricamente sujetos colectivos capaces de percibirse a sí mismos, de articular experiencias comunes y de actuar?

En los textos de Hora esa pregunta desaparece. Lo que en Romero era el resultado de una transformación histórica que debía ser explicada se vuelve una especie de condición originaria: los trabajadores aparecen desde temprano inclinados a la moderación y al pragmatismo, y los momentos de radicalización se reducen a episodios reactivos frente a crisis externas o errores estatales. En esta lectura, los trabajadores se mueven dentro de un abanico de posibilidades, responden a incentivos, calibran riesgos, aceptan o rechazan "ofertas" políticas. En esa operación desaparece el problema central de toda historia social: no qué hacen sujetos ya formados, sino cómo llegan a ser lo que son. En el texto de *Prismas*, Hora anuncia que prestará "más atención a la demanda que a la oferta política dirigida hacia las clases populares" y que su propósito es explorar "cómo las oportunidades y las restricciones que ofrecía el escenario

sociopolítico moldearon la experiencia y las preferencias políticas de los trabajadores" (2019, p. 53). No es algo excepcional: en múltiples pasajes de sus artículos, el vocabulario gira en torno a la eficacia o ineficacia de determinadas "interpelaciones", a situaciones en las cuales "cortejar" a los gremios no ofrecía "grandes dividendos políticos", a los "incentivos y oportunidades que ofrecía el contexto político-institucional", a lo que los trabajadores "obtuvieron a cambio de su adhesión subordinada", a escenarios que "premiaba[n] el individualismo más que la unidad de clase", a la "oferta política" de anarquistas, socialistas, comunistas o radicales, a la "demanda" de sus servicios, a trabajadores que "evaluaban sus opciones", "prefería[n] jugar sus cartas mirando hacia el mercado" o "cuyas preferencias político-ideológicas tendían a orientarlos en otras direcciones" (Hora, 2019, pp. 53, 57; 2020b, pp. 356-357; 2021). Es un vocabulario que tiende a pensar la política en forma transaccional, como mercado de opciones, y a los sujetos populares como consumidores de opciones identitarias y políticas. Hora no reivindica explícitamente una teoría de la elección racional, pero la lógica explicativa que estructura estos pasajes se aproxima al modelo del *homo economicus*: un sujeto que evalúa "ofertas" desde una exterioridad previa respecto de ellas y cuyas preferencias anteceden a la política, en lugar de constituirse también a través de ella. Lo que desaparece es la posibilidad misma de que la política –incluida la política de la izquierda– no solo encuentre una "demanda", sino que contribuya activamente a producirla. Esta forma de plantear el problema deshistoriza la constitución de los sujetos.

Solo en el más reciente de sus artículos, escrito junto a Martín Albornoz, Hora hace referencia explícita a un marco teórico: el de la contienda política de Charles Tilly y Sidney Tarrow. En el mismo trabajo, señalan que otros historiadores del período se colocan "en la estela del trabajo de E.P. Thompson", sugiriendo que su propia apuesta teórica se sitúa en otro terreno (Albornoz y Hora, 2026, p. 37). Pero esta contraposición entre ambas tradiciones es problemática. Cuando propone explorar "cómo las oportunidades y las restricciones que ofrecía el escenario sociopolítico moldearon la experiencia y las preferencias políticas de los trabajadores" (2019, p. 53), Hora lee la estructura de oportunidades a través de un prisma de mercado, reduciendo la contienda política a un juego de oferta y demanda. Pero Tilly y Tarrow explícitamente criticaban los análisis que se reducen a "las motivaciones de los actores y sus cálculos de ganancia o pérdida, como harían los analistas de elección racional", porque de ese modo inevitablemente "perdemos la dinámica de la contienda" (2007, p. 28). En otro trabajo, Tilly, Tarrow y McAdam criticaban las miradas basadas "en las elecciones deliberadas que realizan los individuos a la vista de intereses, recursos e imperativos de la situación previamente definidos" (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005, p. 22).

En oposición a esto, proponían una perspectiva relacional, en la cual los actores "no son entidades con límites precisos, autopropulsadas y con unos atributos fijos, sino seres constituidos e incrustados en la sociedad que interactúan incesantemente con otros seres de la misma clase y sufren modificaciones en sus límites y en sus atributos según interactúan" (ídem, p. 61). En este sentido fundamental, y más allá de otras diferencias, el marco de Tilly y Tarrow guarda una afinidad metodológica con la tradición thompsoniana: ambos enfoques coinciden en que la clase y la identidad política solo pueden entenderse como procesos históricos que suceden y se constituyen en y a través del conflicto social.

## "Dinamismo" económico y experiencia obrera

La concepción del trabajador como un actor racional que evalúa ofertas y calibra oportunidades en un mercado de opciones tiene consecuencias directas sobre el modo en que Hora analiza la relación entre economía y política obrera en el período. Uno de los núcleos más persistentes de su argumentación consiste en presentar el "dinamismo" (2020b, p. 356; 2020a) de la economía capitalista argentina como un obstáculo para la radicalización obrera y, por extensión, para la constitución de una identidad de clase. En el texto de *Prismas*, sostiene que la historiografía ha "subestima[do] el enorme potencial integrador que el mercado y la sociedad exhibieron en los años dorados del crecimiento exportador"; que el "horizonte de progreso" en el que se desplegó la experiencia obrera "constituyó un obstáculo formidable" para la radicalización; y que las jerarquías sociales "se hallaban sometidas al efecto disolvente de la movilidad social y ocupacional" (2019, pp. 55-57). En *Desarrollo Económico*, concluye que los trabajadores del fin de siglo forjaron una "incorporación subordinada en la república capitalista" que resultaba "comprensible" en virtud de lo "que obtuvieron a cambio de su adhesión subordinada a un orden sin duda muy desigual": salarios elevados, oportunidades de mejora y márgenes de autonomía (2020b, pp. 357-358). En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, habla del "poder integrador del auge capitalista" actuando "sobre una población trabajadora mayoritariamente inmigrante dominada por el sueño del progreso individual o familiar y la movilidad social" (2020a). Altos salarios, expectativas de ascenso, movilidad social y ocupacional, capacidad de ahorro, densidad asociativa, posibilidades de consumo: todos estos fenómenos aparecen en los textos de Hora como componentes de un mismo proceso cuyo efecto agregado habría sido el debilitamiento de la identidad de clase y la marginalización de la izquierda.

El problema de estas formulaciones es que funden fenómenos de naturaleza muy distinta. En el plano económico, implica tratar como

equivalentes el nivel salarial, la expectativa de mejora, la movilidad ocupacional y la movilidad social. Pero un obrero que gana un salario relativamente alto sigue siendo un obrero; igual que un obrero que consigue un empleo algo mejor o uno que alberga la esperanza de que sus hijos estudien. Solo cuando un trabajador abandona efectivamente la condición asalariada se altera su relación estructural con el capital. En el marco de una teoría de la elección racional, esta distinción se vuelve innecesaria: si el trabajador es ante todo un individuo que evalúa su bienestar material, entonces todo incremento cuenta igual, ya sea un aumento de jornal o el paso a la condición de pequeño propietario. Pero desde la perspectiva de la formación de clase, la diferencia es cualitativa. El desarrollo capitalista –con su expansión del mercado de trabajo, su concentración de asalariados, la generalización de la dependencia salarial y la experiencia reiterada de subordinación al capital– no es la antítesis de la formación de clase, sino su condición de posibilidad.

A esto se añade un segundo problema, vinculado pero distinto: la ecuación entre dinamismo macroeconómico y bienestar de la clase trabajadora. Hora se basa en comparaciones con el nivel de ingresos de Europa: si el ingreso era comparativamente alto, el inmigrante debía estar satisfecho. Pero esta ecuación no puede darse por descontada. No todos los trabajadores experimentaron las mismas mejoras: las condiciones variaban enormemente según la calificación, la rama, el género, la estacionalidad del empleo y la vulnerabilidad ante las fluctuaciones del ciclo económico. Un salario medio relativamente alto podía coexistir –y coexistía– con viviendas miserables, hacinamiento, inestabilidad laboral crónica y jornadas extenuantes. Vale la pena recordar, en este punto, el clásico debate británico entre "optimistas" y "pesimistas" sobre los efectos de la industrialización en las condiciones de vida obreras (Gutiérrez, 1981). Thompson acusaba a los "optimistas" de deslizarse tramposamente desde los datos estadísticos hacia conclusiones sobre la satisfacción humana: "del nivel de vida pasamos a la forma de vida. Pero ambas cosas no son lo mismo" (1968, p. 230). Hobsbawm, por su parte, criticaba a la escuela optimista por basar su visión en salarios nominales de trabajadores calificados, ignorando la inseguridad laboral constante y las pésimas condiciones de las viviendas, y argumentaba que los efectos de la industrialización sobre las clases trabajadoras son a la vez económicos y sociales, y que ambas dimensiones no pueden aislarse (1979, pp. 88, 140-146).

## Clase, sindicato y partido

La fusión de fenómenos heterogéneos que opera en el plano económico se reproduce en el terreno de la política. Cuando Hora afirma

que el horizonte de progreso fue un obstáculo "para la radicalización de sus demandas, para la construcción de su identidad en tanto clase explotada y, como consecuencia, para la expansión de la prédica antisistema" (2019, p. 56), encadena tres cosas distintas como si fueran eslabones de una misma serie. Pero la moderación de las demandas, la constitución de una identidad de clase y la adhesión a proyectos políticos de izquierda son fenómenos distintos. Un trabajador puede sostener demandas moderadas y percibirse al mismo tiempo como parte de una clase; una clase obrera puede tener una identidad fuerte y no adherir mayoritariamente al socialismo o al anarquismo. De hecho, ambos escenarios son la regla más que la excepción, en términos históricos. De nuevo, el modelo de *homo economicus* explica la postura: si el sujeto es un consumidor racional que elige entre ofertas, entonces la debilidad de la "prédica antisistema" se explica por la misma variable que explica la moderación de las demandas –la "prosperidad"–, y ambas cosas se vuelven, a su vez, indicadores de la ausencia de identidad de clase.

Para advertir el problema no hace falta postular una clase obrera argentina secretamente revolucionaria. Basta con recordar que la forma más elemental y extendida de conciencia obrera en el capitalismo ha sido la que reconoce una condición común en la posición en el mercado de trabajo, busca defenderla por vías colectivas y no rompe políticamente con el sistema en su conjunto. La conciencia sindical o gremial puede constituir una forma efectiva de conciencia de clase, aun cuando no se traduzca en ideas socialistas, anarquistas o comunistas. Que un trabajador organice una sociedad de resistencia, participe de una huelga por la jornada de ocho horas y negocie colectivamente con su patrón no lo obliga a militar en el Partido Socialista ni a abrazar el anarquismo. Del mismo modo, que un sindicato prefiera la autonomía gremial o la negociación no significa que no opere sobre bases de identidad de clase. Significa, sencillamente, que clase, partido y sindicato no son la misma cosa. Como explicaba Hobsbawm, "en las condiciones de un capitalismo estable, 'la conciencia sindical' resulta bastante compatible con la aceptación *de facto* (o incluso con la aceptación formal) del capitalismo" (1979, pp. 341-342). La alternativa entre "identidad de clase" y "sindicalismo apolítico" es falsa.[1]

Al insistir en que los grandes sindicatos se mantuvieron a distancia

1. Esto no significa que toda asociación gremial exprese automáticamente una identidad de clase plenamente constituida. La defensa colectiva de un oficio podía permanecer encerrada en el horizonte de una categoría específica, sin traducirse en una identificación con el conjunto de los asalariados. Precisamente por eso, uno de los procesos decisivos del período fue el tránsito desde solidaridades *de oficio* hacia formas más amplias de conciencia *obrera.* La relación entre sindicato y clase debe pensarse históricamente: la organización gremial no prueba por sí sola la existencia

de la izquierda,[2] Hora sugiere que el hiato entre organización obrera y política socialista o anarquista constituye un índice de los límites de la identidad de clase. Al no pensar la clase como proceso histórico, sino como un dato que debería manifestarse en una oferta política reconocible, toda desviación aparece como déficit. Y así, lo que debería ser objeto de explicación –las formas obreristas, sindicalistas, laboristas o antipolíticas de organización de clase– se convierte en prueba negativa. Pero esas formas no son externas a la clase. Ricardo Falcón (1984) mostró la existencia, desde la década de 1890, de una corriente sindical autónoma tanto del anarquismo como del socialismo. Alejandro Belkin (2018) documentó la fuerza con que estas tendencias "antipolíticas" se imponían incluso al interior de los espacios donde la izquierda esperaba prevalecer. En un artículo de 2016, analicé cómo surgieron dentro del propio Partido Socialista dirigentes "neutralistas" que defendían que los sindicatos debían organizarse exclusivamente para "el mejoramiento económico inmediato de sus miembros" (Poy, 2016a). Fue precisamente la vitalidad de esta tradición obrerista la que, al fusionarse con los disidentes del socialismo, dio origen a la corriente del *sindicalismo revolucionario*. Del mismo modo, no es cierto que la historiografía haya ignorado la disputa de las izquierdas con otras fuerzas, como el radicalismo, el catolicismo o el asociacionismo étnico. La competencia territorial y cotidiana entre católicos, socialistas y anarquistas por la lealtad de la clase trabajadora ha sido documentada ampliamente (Martín, 2020; Asquini, 2022). Lo mismo ocurre con la participación obrera en la política criolla y los vínculos con el radicalismo (Karush, 2002; Martínez Mazzola, 2008; Poy, 2019).

El papel histórico de las corrientes de izquierda en la formación de clase no se agota en el número de votos que cosechan o en la adhesión que obtienen a sus programas. Como ha argumentado Hernán Camarero, el criterio metodológico más adecuado para abordar la historia de la izquierda y el movimiento obrero consiste en "determinar cómo ambos coadyuvaron en sus propias constituciones sociales, políticas, ideológicas y culturales". Esta perspectiva relacional, que "introduce el análisis clasista en el estudio de las estructuras políticas y la dimensión subjetiva y política en el examen de la clase", resulta indispensable para

---

de una identidad general de clase, pero fue uno de los espacios fundamentales en los que esa identidad pudo constituirse.

2. Hora concluye que anarquistas y socialistas "encuadraban, a lo sumo, a uno de cada veinte trabajadores" en Buenos Aires (2021). Esa proporción, presentada como prueba de debilidad, indica más bien una implantación extraordinaria: se trataba de organizaciones militantes, voluntarias, sostenidas mediante cotizaciones y cuya pertenencia podía implicar costos laborales y exposición a la represión. Más aún porque la membresía formal no agotaba su influencia política, cultural y organizativa.

abandonar la lógica de mercado político (2012, p. 58). Siguiendo esta premisa, no se trata de medir el impacto de la izquierda sobre una clase ya formada, sino de comprender cómo izquierda y clase trabajadora se constituyen mutuamente. Socialistas, anarquistas y, más tarde, *sindicalistas revolucionarios* intervenían como organizadores, redactores de periódicos, delegados y dirigentes de sociedades de resistencia. Su pertenencia política no se superponía mecánicamente con la identidad de los trabajadores a quienes organizaban, pero sus lenguajes y prácticas circulaban a través de las propias estructuras sindicales. La izquierda no competía por una demanda preexistente; contribuía a producir históricamente aquello mismo sobre lo que intervenía. Y a la inversa: la izquierda no puede analizarse como un puro proyecto intelectual que se aplica sobre la clase desde afuera. Toda corriente que va más allá de la secta y se conecta con el mundo del trabajo queda marcada por la experiencia de ese mundo: por los ciclos huelguísticos, por las crisis económicas, por las radicalizaciones y desmovilizaciones del movimiento obrero, por las formas organizativas que los trabajadores desarrollan en diferentes contextos. La corriente "organizadora" del anarquismo no se comprende sin el auge de las sociedades de resistencia en los años 1890; el *sindicalismo revolucionario* no se entiende sin la vitalidad de la tradición obrerista que lo precedió; el giro del comunismo hacia la inserción fabril en los años 30 es incomprensible al margen de la transformación del mercado de trabajo industrial.

Esa relación recíproca no se jugaba en el vacío. Las izquierdas intervenían sobre tradiciones populares preexistentes, sobre lenguajes plebeyos, sobre sensibilidades ya antagonizadas por la vida urbana, el trabajo, el criollismo o las culturas festivas. También aquí la perspectiva relacional es indispensable: si la izquierda pudo arraigar en una masa asalariada heterogénea y políglota fue porque conectó con formas de antagonismo que ya existían en la experiencia popular. La pregunta pertinente no es, entonces, si todos los trabajadores eran anarquistas o socialistas –una pregunta trivial, cuya respuesta negativa nadie discute–, sino cómo una masa fragmentada pudo convertirse en un actor colectivo capaz de sostener sindicatos, huelgas, demandas comunes y repertorios compartidos, y cuál fue el rol de diferentes actores políticos en ese proceso. Para responder estas cuestiones hace falta reconstruir las formas de sociabilidad gremial, los periódicos, los centros, las bibliotecas, los lenguajes de protesta, la circulación entre barrio, taller, sindicato y partido. Hace falta entender cómo la izquierda se enlazó con tradiciones populares y culturas del antagonismo que no había creado pero que contribuyó a articular. Una historia que reduzca todo al encuentro entre ofertas políticas y preferencias dadas no dispone de instrumentos para pensar esa relación.

## Género y clase

El *homo economicus* que evalúa "ofertas", calibra oportunidades y sopesa incentivos es, sin que se lo teorice como tal, un varón asalariado que ejerce sus labores fuera de la unidad doméstica. Esto importa porque implica que cuando Hora habla de "salarios altos", "movilidad social", "dinamismo económico" u "horizonte de progreso", está midiendo la integración a través de indicadores que capturan sistemáticamente mejor la experiencia masculina que la femenina. Pero la modernización capitalista argentina –al igual que la del resto del mundo– no fue un proceso neutro que permitió "prosperar" a toda la clase trabajadora. La historiografía feminista ha mostrado que las mujeres trabajadoras experimentaron el "progreso argentino" de un modo cualitativamente distinto. Hace ya muchos años, Donna Guy (1981) demostró que la modernización capitalista se construyó en buena medida sobre la exclusión de las mujeres del sector dinámico y tecnológico de la economía. Estudios posteriores han documentado el modo en que esa segregación operó en sectores muy distintos de la economía urbana e industrial (Lobato, 2004; Allemandi, 2017; Scheinkman, 2021).

El propio Hora ofrece un testimonio elocuente de esta realidad en su análisis de la manifestación convocada por la Unión Industrial en defensa del proteccionismo arancelario el 26 de julio de 1899. Señala que allí se reveló una "sociología del trabajo muy distinta" a la del obrero varón calificado: las columnas estaban compuestas por "miles y miles de mujeres de todas edades" provenientes de las fábricas manufactureras, donde "abundaban los puestos de trabajo de baja calificación" y donde eso "significaba trabajo femenino e infantil" (Hora, 2020b, pp. 352-353). Hora está describiendo, en efecto, una fuerza de trabajo femenina masiva, confinada a los empleos más precarios y peor remunerados de la economía urbana. Sin embargo, Hora lee su participación en la marcha como prueba de "integración". Cita a *La Prensa* describiendo "la algaraza [sic] y bullicio" de las columnas femeninas, "con su charla continua y sus alegres carcajadas", y concluye que esa alegría, "más que evocar violencia o imposición, expresaba un cierto grado de identificación" con la causa patronal.

La manifestación, organizada por la Unión Industrial y encabezada por empresarios, tuvo lugar un miércoles a las dos de la tarde, no el domingo habitual de las movilizaciones obreras. Según *La Prensa*, "todos los establecimientos industriales de la capital permanecieron cerrados durante el día de ayer. Desde primera hora se notaba un movimiento inusitado, semejante al de los días festivos, alrededor de cada fábrica. Los obreros, engalanados con sus mejores prendas se presentaron con la mayor exactitud en los puntos de reunión convenidos de antemano".

Las empresas también organizaron el traslado: los quinientos trabajadores de Dell'Acqua y Cía. llegaron "en veinte coches de tramways"; los de Franchini "se trasladaron hasta la estación Recoleta en tren especial, y de ahí a la plaza Lorea en veintiún tramways". Según el diario, "el tráfico de tramways [...] se resintió durante las horas de la mañana, pues casi todos los disponibles, y aun el stock en depósito, estaban al servicio del meeting".[3] Pese a ello, Hora sostiene que "un clima relajado y cordial parecía reinar entre los manifestantes" y que "es dudoso que la simple amenaza de perder el empleo fuese lo suficientemente poderosa como para anular, por sí sola, toda resistencia obrera a los deseos de sus empleadores" (2020b, p. 354).

*La Vanguardia* denunció que los patrones habían arrastrado a mujeres y niños "como soldados que obedecen a sus jefes, o rebaños guiados por sus pastores, so pena de ser despedidos". Su descripción reproducía la condescendencia de la izquierda hacia las trabajadoras, pero señalaba una relación de coerción que la lectura de Hora descarta con demasiada facilidad. Interpretar como adhesión voluntaria la asistencia a un acto patronal realizado en día laborable, con las fábricas cerradas y el transporte organizado por las empresas, por parte de una fuerza de trabajo no sindicalizada y especialmente vulnerable, excede lo que la evidencia permite afirmar.

La operación descansa en una asimetría documental. En los textos de Hora, la prensa comercial parece ofrecer acceso transparente a la experiencia popular: si el cronista registra sonrisas, hubo satisfacción; si describe un clima cordial, hubo identificación. La prensa obrera, en cambio, resulta sospechosa cuando denuncia pero confiable cuando admite las dificultades de la militancia. Pero un diario como *La Prensa* no se limitaba a narrar las movilizaciones: intervenía en ellas, y la independencia respecto de los partidos que exhibía como marca de identidad no equivalía a prescindencia política, sino que era la posición desde la cual libraba sus propias batallas (Rojkind, 2019).[4]

El mismo procedimiento reaparece en el análisis sobre la huelga de inquilinos de 1907. Las mujeres que bloqueaban los accesos a los conventillos y atacaban a escobazos a los oficiales de justicia encargados de los desalojos son presentadas como protagonistas de un activismo que, según Hora y Albornoz, "rara vez fue percibido" como una impugnación de "las estructuras de poder patriarcal de la sociedad liberal". La "gran prensa", señalan, lo encuadró como "una prolongación natural de las

3. *La Prensa*, 27 de julio de 1899.

4. Nada de esto supone desconocer que la prensa comercial era masivamente leída por los trabajadores ni que se ocupaba de sus condiciones de vida. Pero el carácter masivo de un diario no vuelve transparentes sus representaciones.

obligaciones de cuidado asociadas a roles tradicionales de género", y se refirió, "en tono comprensivo y burlón", al "tumulto pintoresco" protagonizado por las mujeres (2026, p. 49). Pero esa lectura no es una descripción analítica adecuada de la acción popular, sino una representación interesada producida desde arriba.[5] La defensa del hogar trabajador no era ajena al antagonismo de clase. El hogar era el espacio donde se reproducía la fuerza de trabajo y donde el aumento de los alquileres, el hacinamiento y la precariedad alimentaria se experimentaban de manera inmediata. Precisamente porque eran las principales responsables del trabajo de reproducción social, las mujeres experimentaban esas condiciones con una intensidad particular (Poy y Rolf, 2025). Defender ese hogar contra el desalojo era una forma de acción directa contra los mecanismos concretos mediante los cuales el capital extraía excedente de la vida obrera en la esfera de la reproducción (Palermo, 2013).

Tampoco puede olvidarse, por último, que el ensalzamiento del rol maternal fue un mecanismo ideológico utilizado por el Estado para segregar y empobrecer a las trabajadoras. Al legislar sobre la premisa de que la función primaria de la mujer era doméstica y maternal, el Estado empujó a las mujeres hacia el servicio doméstico y el trabajo a destajo en sus hogares, sectores que quedaban fuera del alcance de cualquier protección legal. Hora y Albornoz sostienen que la historia social de los años 80 y 90 siguió "el guion" de socialistas y anarquistas del cambio de siglo, y que las contribuciones recientes atentas a la dimensión de género no alteraron ese encuadre de manera sustantiva (2026, pp. 32-33). Pero socialistas y anarquistas compartían en buena medida la ideología maternalista del Estado y de los reformadores liberales. Lo que esa historiografía hizo fue someter a examen crítico tanto las representaciones de las elites como las de la izquierda, atender a la experiencia concreta de las mujeres trabajadoras más allá de los marcos interpretativos de unos y otros, y mostrar que la formación de la clase obrera argentina fue un proceso generizado desde el origen.

---

5. Por otra parte, si la prensa comercial trató la huelga de inquilinos con una simpatía que rara vez dispensaba a las huelgas fabriles o portuarias, esto se debe entre otras cosas a que en este caso el conflicto no enfrentaba a la clase obrera con los capitalistas sino a los inquilinos con un sector especifico de propietarios rentistas, cuyos intereses no coincidían con los del resto de la burguesía y cuyos alquileres elevados, además, presionaban sobre los salarios que los industriales debían pagar a sus propios trabajadores.

## Estado, mediación y conflicto

La misma lógica que lleva a Hora a deducir la integración a partir de la prosperidad y a leer el pragmatismo gremial como ausencia de identidad de clase opera también en su lectura del Estado. Frente a una historiografía que habría sobredimensionado el carácter represivo y excluyente de la república oligárquica, Hora insiste en que la Argentina de fin de siglo ofrecía a los trabajadores márgenes amplios de asociación, de expresión y de organización, y que el Estado no debe ser pensado como una mera máquina de coerción sino como un actor capaz de reconocer, mediar y hasta incorporar demandas obreras.

La existencia de instancias tempranas de negociación entre el Estado y la organización obrera –en los años previos a 1902, antes del momento que la historiografía sobre el período suele ubicar como inflexión a partir de la cual el Estado comenzó a tratar la "cuestión obrera" como un problema que demandaba intervención sistemática, tanto en clave represiva como en clave de legislación social– es presentada en los textos de Hora como un hallazgo. Esa cronología, sin embargo, había sido revisada antes de su intervención. En mi propio trabajo sobre el período 1888-1896 examiné los mismos episodios sobre los que él vuelve ahora –la huelga portuaria del Riachuelo de 1889, la huelga de albañiles de 1894, la "huelga grande" de 1896– a partir de las mismas fuentes periodísticas, mostrando que la mediación estatal en grandes conflictos laborales precedía claramente al supuesto punto de inflexión (Poy, 2014, pp. 68, 118-119, 181). La cuestión, entonces, no es si el Estado mediaba antes de 1902, sino cómo interpretar esa mediación.

Lo que desencadenaba instancias de mediación no era una intrínseca hospitalidad liberal del régimen ni una preferencia natural de los trabajadores por el compromiso, sino las *huelgas*. Los trabajadores no negocian porque hayan renunciado a una identidad de clase, sino porque quieren conquistar demandas concretas: un aumento salarial, la reducción de la jornada o el reconocimiento de su organización. Que un grupo de dirigentes acepte entrar a la Casa Rosada no demuestra simpatía o adaptación al régimen, sino la existencia de un conflicto suficientemente serio para obligar a intervenir a las máximas autoridades. Del mismo modo, el Estado no media por una vocación liberal abstracta, sino porque la huelga ha generado un problema de orden. Olvidarlo despolitiza ambos lados de la interacción: la mediación estatal aparece como expresión natural de un liberalismo abierto y la disposición obrera a negociar como prueba de moderación y pragmatismo. Mediación y represión no son funciones separables de dos Estados diferentes, sino dimensiones de un mismo proceso de gobierno. El poder político gestiona los antagonismos combinando incorporación y coerción, una

práctica ordinaria en sociedades atravesadas por conflictos. Tratarlas como registros distintos convierte la mediación en el modo "normal" de relación entre Estado y trabajadores y la represión en una desviación provocada por una crisis externa.

En su cuidadosa reconstrucción de la huelga general de 1902, Hora muestra que los estibadores fueron recibidos por ministros, que las negociaciones se desarrollaron públicamente, que dirigentes obreros de filiación anarquista entraron a la Casa Rosada sin sentir que ello implicara una traición a sus principios, y que el acuerdo fracasó no por negativa estatal sino porque una asamblea obrera lo rechazó por insuficiente. Una vez desautorizados los ministros y profundizada la huelga, el gobierno de Roca respondió con la Ley de Residencia, el estado de sitio, detenciones y expulsiones; es decir, con el mismo repertorio de coerción que supuestamente no definía al régimen. La secuencia es importante, porque muestra que la mediación no era el reverso de la represión sino su antesala posible, su complemento. Hora describe con detalle ambos momentos, pero insiste en leerlos como si pertenecieran a planos diferentes: el primero sería prueba de integración; el segundo, reacción contingente ante una crisis política. Pero es esa misma continuidad entre negociación y violencia precisamente lo que habría que explicar.[6]

Hora trata la represión estatal como un problema de calibración: el Estado se endurece cuando pierde el control, cuando se siente desafiado o cuando una coyuntura excepcional altera un equilibrio previamente existente. Así, la violencia del poder se vuelve episódica y derivada. Pero, en cualquier régimen político bajo el capitalismo, la represión estatal no es una anomalía sino una dimensión permanente, aunque variable, de la experiencia popular. La vigilancia policial, la amenaza de expulsión, la identificación de agitadores, el espionaje sobre asociaciones, la disponibilidad de la fuerza armada como horizonte último del arbitraje no eran accidentes externos al funcionamiento del orden liberal. En su artículo sobre la huelga de inquilinos de 1907, Hora y Albornoz reconocen que un agente policial mató al joven obrero Miguel Pepe durante un desalojo. Pero la manera en que narran el episodio es significativa: el agente habría actuado "nervioso y desbordado" (2026, p. 50). No se trata de una cita de fuente: no hay testimonio de testigo ni informe policial que documente el estado de ánimo del agente. Lo que las fuentes periodísticas que los propios autores registran es otra cosa:

6. Esta articulación entre coerción e integración ya había sido señalada por la historiografía. Falcón (1987) caracterizó el giro de 1902 como el inicio de una política que combinaba represión, legislación social e intentos de regulación estatal. Franco, a quien Hora atribuye un relato unilateralmente represivo, subrayó asimismo la convivencia entre políticas de integración y tendencias disciplinadoras, cuyo respaldo último seguía siendo la excepcionalidad jurídica (2019, p. 31).

"*La Nación* condenó la falta de profesionalismo de la policía" y *El País* denunció "la cultura problemática de la policía, cuya intervención, en vez de poner orden donde no lo hay, suscita disturbios, que terminan en horribles tragedias" (2026, p. 50). La prensa comercial encuadró el asesinato como un problema de ineptitud individual, y Hora y Albornoz adoptan esa lectura porque les permite mantener intacta la tesis de un régimen cuya disposición normal era la tolerancia. Pero lo que hay es un obrero muerto a balazos durante un desalojo ejecutado por la fuerza pública. Y fue precisamente *después* de este hecho de violencia –y de una enorme manifestación callejera que acompañó al féretro– que el jefe de policía Falcón se involucró activamente en la mediación. Lo que Hora y Albornoz presentan como tolerancia inherente al régimen fue, una vez más, gestión estatal de un conflicto generado desde abajo.[7]

## La comparación internacional

Criticando a la historiografía previa, Hora señala que habría que dejar de leer la experiencia argentina con los ojos de la Europa continental y colocarla, en cambio, junto a Gran Bretaña, Estados Unidos o Australia, donde el crecimiento capitalista, los altos salarios y la capacidad del Estado para reconocer al trabajo organizado dieron lugar a movimientos obreros poderosos pero predominantemente reformistas. En esa familia de casos, la Argentina dejaría de ser una anomalía frustrada para aparecer como una sociedad donde el "sendero de integración" habría sido la trayectoria normal (Hora, 2019, p. 59; 2020b, p. 333; 2023).

La Europa continental de fines del siglo XIX, sin embargo, estuvo lejos de ser una región donde la única respuesta estatal al movimiento obrero fuera la represión. La Alemania imperial combinó las leyes antisocialistas de Bismarck con un avanzado programa de seguros sociales. En lugar de una hostilidad monolítica, el trato hacia los trabajadores evidenció una dinámica mucho más compleja: frente a las huelgas, las autoridades debatían constantemente entre aplicar políticas de represión o de integración, ciertos sectores de la burocracia estatal demostraron una notable permeabilidad para canalizar las demandas obreras y, simultáneamente, el propio empresariado implementó estrategias de contención para gestionar y disciplinar a la fuerza laboral (Saul, 1985; Weitz, 1997). En su clásica obra sobre la "integración negativa" de la socialdemocracia alemana, Dieter Groh (1973) demostró que integración

7. Hay un giro curioso en la obra de Albornoz. En un trabajo de 2016 con Diego Galeano, describía la jefatura de Falcón, por su "tenacidad y fiereza", como el "paroxismo" de una maquinaria represiva que incluía listas negras, deportaciones y un terror material sobre la clase trabajadora (Albornoz y Galeano, 2016).

material y radicalismo político no eran términos excluyentes. Francia ofrece un panorama igualmente complejo. La ley Waldeck-Rousseau de 1884 legalizó a los sindicatos; en 1899, el socialista Alexandre Millerand se convirtió en el primer socialista que ocupó un cargo ministerial, institucionalizando el diálogo entre capital y trabajo mediante la creación de órganos permanentes de conciliación y arbitraje. El socialismo francés, por su parte, se caracterizó por una fragmentación endémica originada precisamente en el debate sobre cómo participar en las instituciones republicanas; lo opuesto de un movimiento cohesionado y revolucionario forjado en la lucha contra una represión constante (Noland, 1956; Stuart, 2006; Willard, 1965). En Italia, Hora congela el cuadro en la etapa represiva de Crispi y Pelloux (1894-1900), pasando por alto que esa política culminó en un fracaso que obligó a la burguesía a cambiar de estrategia. La historiografía sobre el "decenio giolittiano" es unánime en señalar que el Estado italiano inauguró una política de "neutralidad" frente a los conflictos del capital y el trabajo, mientras el Partido Socialista de Turati consolidaba una poderosa maquinaria reformista y parlamentaria (Arfé, 1965; Ciuffoletti, 1992; Favilli, 2016; Salomone, 1945). En todos estos casos, el Estado combinó represión con reforma, como en Argentina.

Las sociedades anglosajonas que Hora propone como modelo de integración pacífica tampoco se ajustan a esa descripción. En Estados Unidos, el último cuarto del siglo XIX estuvo marcado por conflictos laborales de extraordinaria violencia, en los que las autoridades federales y estatales, junto con rompehuelgas privados y los tribunales, intervinieron repetidamente para restablecer el orden propietario y el funcionamiento de las empresas. Simultáneamente, se desarrolló un sofisticado sistema de coerción judicial contra la acción sindical, mediante órdenes que restringieron huelgas y boicots y permitieron encarcelar a dirigentes por desacato. En Gran Bretaña, tras el ascenso del "nuevo sindicalismo" desde 1889, la clase obrera enfrentó una dura contraofensiva patronal, que incluyó *lock-outs*, listas negras y la creación de organizaciones dedicadas a reclutar rompehuelgas. A esta reacción empresarial se sumó una ofensiva judicial: en 1901, la sentencia del caso Taff Vale estableció que los sindicatos podían ser demandados por los daños ocasionados durante los conflictos laborales, exponiendo sus fondos y debilitando en la práctica el derecho de huelga reconocido por la legislación de la década de 1870.

Pero aun dejando de lado esta primera debilidad, la propuesta de Hora tropieza con una dificultad mucho más seria, y que toca el corazón de su argumento comparativo: en el universo de las colonias de asentamiento al que remite, la integración de los trabajadores fue inseparable del *racismo*, que operó en dos planos distintos pero articulados. El primero

fue la expropiación y subordinación de las poblaciones indígenas cuyas tierras constituían el sustrato material de la expansión capitalista. En Estados Unidos, el avance hacia el oeste implicó el despojo sistemático de las naciones indígenas mediante guerras y confinamiento en reservas. En Australia, la colonización operó sobre la desposesión de los pueblos aborígenes, con masacres y desplazamientos que se prolongaron hasta bien entrado el siglo XX. En ambos casos, los altos salarios y la integración de la clase obrera blanca fueron posibles porque un Estado colonial había abierto previamente, a sangre y fuego, la frontera agrícola y minera sobre la cual se desplegó el capitalismo industrial.

El segundo fue la construcción de fronteras internas destinadas a proteger a los trabajadores blancos de la competencia de otras poblaciones racializadas. En Australia, la legislación obrera es inseparable de la *White Australia Policy*, que cerró las fronteras a la inmigración asiática para proteger el mercado laboral de los trabajadores blancos. La promoción de una identidad obrerista basada en el mantenimiento de la pureza racial fue un objetivo fundamental del movimiento obrero australiano desde fines del siglo XIX (Curthoys y Markus, 1978; Burgmann, 1980; Markey, 1996). En Estados Unidos, la "sociedad abierta" se desarrolló bajo la sombra de la esclavitud: el fracaso de la reforma agraria en el Sur creó un ejército de reserva de mano de obra afroamericana utilizado por el capital para quebrar huelgas. En la costa oeste, la integración de una fuerza laboral blanca muy diversa y fragmentada se logró al encontrar un "enemigo indispensable" común: los inmigrantes chinos (Batzell, 2025; Roediger, 1991; Saxton, 1971). El sindicalismo norteamericano no se integró pacíficamente; se atrincheró en un corporativismo excluyente y racista. La propia experiencia británica debe ser pensada desde la metrópoli de un imperio racializado, donde la comunidad obrera nacional se constituyó también frente a poblaciones excluidas del horizonte de ciudadanía (Virdee, 2014). Jonathan Hyslop (1999) demostró que los trabajadores del mundo anglosajón estaban articulados en una "clase obrera imperial", cuyas demandas de altos salarios y derechos cívicos eran inseparables de lo que él denomina "laborismo blanco". Marilyn Lake y Henry Reynolds (2008) mostraron que las colonias de poblamiento anglosajonas se definieron a sí mismas como *white men's countries*, donde la convicción de que la democracia exigía homogeneidad racial justificó la exclusión de las poblaciones no blancas. No es posible teorizar la integración de la clase obrera blanca en las colonias de poblamiento sin dar cuenta de sus bases materiales, arraigadas en dinámicas de acumulación sostenidas por la expropiación imperial y la violencia racial (Valdez, 2023).

En el plano de la expropiación territorial, Argentina se inscribe plenamente en la lógica de las colonias de poblamiento. La economía

agroexportadora que produjo los altos salarios, la movilidad social y las oportunidades que Hora presenta como factores de integración se fundó sobre la violenta expropiación de las poblaciones indígenas. La llamada Conquista del Desierto permitió al Estado argentino ocupar vastos territorios previamente habitados y controlados por sociedades indígenas, duplicando el dominio efectivo de la provincia de Buenos Aires e incorporando los territorios patagónicos; esas tierras fueron luego distribuidas en grandes extensiones. Sin esa expropiación fundacional, el "dinamismo económico" no habría tenido lugar. Las poblaciones indígenas sobrevivientes fueron incorporadas al mercado de trabajo capitalista bajo formas de superexplotación racializada que coexistían, en el mismo país y en el mismo momento histórico, con las libertades civiles que Hora atribuye al régimen liberal. Ya en su *Informe* de 1904, Juan Bialet Massé constataba que a los trabajadores indígenas se les pagaba menos que a los peones "cristianos" por la misma tarea "simplemente por ser indios", y que eran estafados rutinariamente mediante balanzas fraudulentas, el sistema de vales y proveedurías abusivas que los ataban por deuda a las empresas (Bialet Massé, 1968).

En el segundo plano –el de la construcción de fronteras raciales internas para proteger al trabajador blanco– la Argentina diverge del modelo anglosajón. La Argentina de la era exportadora fue, sin duda, una sociedad en la que las elites imaginaron un futuro blanco, europeo, "civilizado". Ese imaginario no escapó a muchos planteos de socialistas e incluso anarquistas. Pero, a diferencia de Australia o de Estados Unidos, la Argentina no organizó su mercado de trabajo urbano ni su ciudadanía obrera sobre la base de una segregación racial legalizada. No hubo un equivalente funcional de la *White Australia Policy* ni una codificación estable del trabajo según la pertenencia racial dentro de las ciudades del litoral. Lo que hubo fue una sociedad urbana donde la heterogeneidad nacional, lingüística y cultural se volvió condición cotidiana de la experiencia popular.

Dentro de América Latina, Argentina fue el país que más se aproximó a ciertos rasgos estructurales de las colonias de poblamiento del mundo anglosajón. La cuestión analítica es cómo una sociedad que compartió con aquellas experiencias el horizonte de blanqueamiento, la promesa de progreso y el atractivo migratorio no produjo sin embargo un orden laboral y político estructurado por una línea de color equivalente a la *White Australia Policy* o al segregacionismo norteamericano. Ezequiel Adamovsky (2024) mostró que la producción de lo popular en Buenos Aires no puede pensarse al margen de un proceso de mezcla, apropiación, transgresión y reformulación plebeya de jerarquías étnico-raciales. En el carnaval porteño, explica Adamovsky, se tramitaron diferencias de clase, género y raza, donde las elites intentaron ordenar culturalmente

a la multitud y donde ese intento fracasó al toparse con formas plebeyas de apropiación y resignificación.

## Conclusión

La intervención de Roy Hora constituye un intento ambicioso de trasladar las tesis de la tradición historiográfica liberal al terreno de la experiencia obrera, extendiendo su lectura integradora hacia las décadas del orden conservador. Es una operación que abre un terreno fértil al relativizar el corte de 1912-1916 que la escuela del PEHESA había asumido como frontera entre una etapa de conflicto y otra de integración. Pero el análisis choca con límites profundos, que derivan de un marco analítico liberal que organiza la intervención. El sujeto que ese marco supone es un individuo racional que evalúa opciones y maximiza su bienestar en un mercado de identidades; un sujeto que llega a la escena ya formado, que no se constituye históricamente a través del conflicto, la experiencia y la mediación cultural, sino que las precede. De esa premisa se desprenden consecuencias analíticas precisas. No hay una teoría de la formación de clase, porque el marco no necesita explicar cómo se produce aquello que da por supuesto. No hay un diálogo con los problemas que ha planteado la historiografía feminista, porque las experiencias de las mujeres trabajadoras –en el trabajo, en la reproducción social, en la acción colectiva– no encajan en un modelo de *homo economicus* centrado en el mercado laboral formal. No hay un análisis de la dimensión racial de la integración, porque el marco asume que la prosperidad opera de manera uniforme sobre una población indiferenciada. Y no hay una problematización del rol del Estado, porque si el orden liberal es el marco natural en el que los individuos persiguen sus intereses, la coerción estatal solo puede ser una anomalía.

Nada de esto quita que el período del orden conservador fue efectivamente una etapa de crecimiento económico, de inmigración masiva y de construcción institucional, ni que la experiencia de los trabajadores en esa sociedad fue compleja y ambivalente. El punto es que precisamente *porque* –no a pesar de que– este fue un período de expansión capitalista, fue también el período de formación de una clase obrera. Dinamismo y expansión económica no son sinónimos de satisfacción y conformismo, ni siquiera en aquellos casos en que pueda constatarse una mejora en los indicadores materiales. Primero, y esto es obvio, porque la expansión no beneficia a toda la sociedad por igual, sino principalmente a la clase capitalista; segundo, porque tampoco impacta de la misma forma sobre los distintos sectores de la clase trabajadora, sean urbanos o rurales, inmigrantes o nativos, hombres o mujeres. El “dinamismo” es una ca-

racterística fundamental de la economía capitalista, y es la condición de posibilidad de la formación de clase, no un impedimento para ella.

Condición de posibilidad, por supuesto, no significa condición suficiente, ni tampoco que el proceso de formación de clase quede explicado de antemano por un determinado desarrollo económico. Es al calor de las huelgas, de las disputas cotidianas por el salario, la jornada y la dignidad, que los y las trabajadores desarrollan una identidad como colectivo. No se trata de un mercado de identidades en disponibilidad, sino de un proceso histórico concreto, en tensión y en disputa, en el cual se forja una *identidad obrera*, que no es sinónimo de una identidad socialista, anarquista o revolucionaria. Socialistas, anarquistas y otras corrientes de la izquierda fueron, sí, parte activa de ese proceso, aportando ideas e interpretaciones, y siendo a su vez influenciados por las luchas en las que intervenían. La relación entre clase e izquierdas no es de exterioridad: es relacional, y se constituye en el mismo movimiento. En ese mismo movimiento se constituye también la intervención estatal en la "cuestión obrera". Tanto en Argentina como en otros lugares, el Estado modificó su respuesta bajo el peso de diversos factores: climas de ideas, coyunturas políticas, presiones internacionales. Pero lo hizo, sobre todo y fundamentalmente, bajo el peso del conflicto mismo, de la aparición en escena de una clase trabajadora que se hacía visible mediante sus luchas. Esto no implica que el conflicto produjera únicamente respuestas represivas; lo que se observa es una combinación, estrategias variables de coerción y negociación que ningún corte de régimen suprimió. Esto vuelve la cuestión de 1912-1916 más interesante, no menos: permite preguntar qué peso tuvo la movilización obrera en las consideraciones que llevaron al cambio de régimen. En esta lectura, la reforma electoral no es la confirmación de una integración ya en marcha sino una respuesta –entre otras posibles– a una clase trabajadora cuya presencia conflictiva había forzado a las elites a redefinir los términos del orden político.

La periodización del PEHESA leía al orden conservador como un "antes" de conflicto y exclusión y a las presidencias radicales como el "después" de integración popular; Hora relativiza el corte, pero conserva el mismo registro evaluativo. Es posible, y necesaria, una caracterización distinta. Ambos regímenes fueron formas políticas de dominación en un orden capitalista periférico, integrado de manera subordinada a la economía mundial. Las décadas que se extienden entre la consolidación del orden conservador y los primeros gobiernos radicales son un período cuya continuidad se advierte en la persistencia del conflicto como modalidad de constitución de la clase, en la operación combinada de mediación y coerción, y en exclusiones que ninguno de los dos regímenes resolvió. Son el tiempo largo en que se estructura el movimiento obrero

en relación recíproca con las izquierdas. Son los años de un "progreso argentino" que se sostuvo sobre exclusiones de género y de raza que ni el dinamismo económico ni la apertura institucional suprimieron. Son décadas que solo se vuelven legibles cuando las representaciones de la prensa comercial se leen a contrapelo, como una de las posiciones en disputa por el sentido de los conflictos, y no como descripción transparente de la experiencia popular.

Lo dicho hasta aquí podría aplicarse a muchos procesos de formación de clase: expansión capitalista, proletarización, impacto desigual, conflicto, formación identitaria, respuesta estatal combinada. Sobre ese fondo, la singularidad del caso argentino requiere precisarse. El impulso comparativo de Hora es uno de los aspectos productivos de su intervención: no limitarse a referencias francesas o alemanas e incluir otras sociedades de inmigración masiva del período es un movimiento pertinente. Pero el contraste entre una Europa continental represiva y con izquierdas fuertes, de un lado, y unas sociedades anglosajonas integradoras y con izquierdas débiles, del otro, es forzado. Una escala comparativa más fértil no remite al "liberalismo anglosajón" como categoría cultural, sino a las colonias de poblamiento. Argentina comparte con esas sociedades –Estados Unidos, Australia, Canadá, en menor medida Sudáfrica– un conjunto de rasgos estructurales: un proceso inmigratorio europeo de gran magnitud, en un contexto de expansión capitalista, en un territorio cuyo control fue asegurado mediante la represión y el desplazamiento de poblaciones indígenas, y con un Estado activamente comprometido en la promoción de la inmigración europea.

Sobre ese fondo común, Argentina diverge en dos planos. No fue parte formal del imperio británico ni una potencia imperial como Estados Unidos. Tampoco tuvo una esclavitud reciente de la magnitud estadounidense o brasileña, ni recibió una inmigración asiática como la que organizó la política racial de los movimientos obreros blancos en Estados Unidos, Australia, Canadá y Sudáfrica. La formación de la clase obrera argentina ocurrió, en consecuencia, con una segmentación por líneas de color menos pronunciada que en las otras colonias de poblamiento. Esto no equivale a decir que la sociedad argentina careciera de estructura racial: la tuvo, y la tiene. La clase obrera urbana se formó en un espacio del que las poblaciones racializadas habían sido en buena medida excluidas territorial y demográficamente. Esta precisión no debilita la singularidad del caso argentino; al contrario, la hace analíticamente productiva. Permite preguntar no solo cómo se formó esta clase obrera, sino también qué hizo posible que se formara de la manera específica en que lo hizo: con qué presencias y con qué ausencias, sobre qué cimientos coloniales y mediante qué exclusiones previas. Profundizar el análisis sobre cómo y por qué la clase trabajadora

argentina se constituyó de este modo es, a mi juicio, el desafío analítico más fértil que la historiografía sobre el período tiene por delante.

## Referencias


Adamovsky, E. (2024). *La fiesta de los negros: Una historia del antiguo carnaval de Buenos Aires y su legado en la cultura popular, 1810-1910*. Siglo Veintiuno.

Albornoz, M. y D. Galeano (2016). El momento Beastly: La policía de Buenos Aires y la expulsión de extranjeros (1896-1904). *Astrolabio*, 17, 6-41.

Albornoz, M. y R. Hora (2026). Conflicto urbano, política y Estado en la era oligárquica: La huelga de inquilinos de Buenos Aires de 1907. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 64, 30-57.

Allemandi, C. (2017). *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Teseo.

Arfé, G. (1965). *Storia del socialismo italiano, 1892-1926*. Einaudi.

Asquini, S. (2022). *El catolicismo social en el mundo de los trabajadores: La experiencia de los Círculos de Obreros. (Buenos Aires, 1890-1922)*. Universidad de Buenos Aires.

Batzell, R. (2025). *Organizing workers in the shadow of slavery: Global inequality, racial boundaries, and the rise of unions in American and British capitalism, 1870-1929*. The University of Chicago Press.

Belkin, A. (2018). *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina: De la gestación en el Partido Socialista a la conquista de la FORA (1900-1915)*. Imago Mundi-CEHTI.

Bialet Massé, J. (1968). *El estado de las clases obreras argentinas*. Universidad Nacional de Córdoba.

Burgmann, V. (1980). *Revolutionaries and Racists: Australian Socialism and the Problem of Racism, 1887-1917*. Australian National University.

Camarero, H. (2012). Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: Crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 1, 57-79.

Ciuffoletti, Z. (1992). *Storia del PSI. 1. Le origini e l'età giolittiana.* Laterza.

Cortés Conde, R. (1979). *El progreso argentino, 1880-1914*. Sudamericana.

Cortés Conde, R. (1998). *Progreso y declinación de la economía argentina*. Fondo de Cultura Económica.

Curthoys, A. y A. Markus (1978). *Who are our enemies? Racism and the Australian working class*. Hale and Iremonger.

Díaz Alejandro, C.F. (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Amorrortu.

Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Centro Editor de América Latina.

Falcón, R. (1987). Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en la Argentina (1890-1912). *Anuario de la Escuela de Historia*, 12.
Favilli, P. (2016). *The history of Italian Marxism: From its origins to the Great War*. Brill.
Franco, M. (2019). El estado de excepción a comienzos del siglo XX: De la cuestión obrera a la cuestión nacional. *Avances del Cesor*, 16 (20), 29-51.
Gallo, E. y R. Cortés Conde (1995). *Argentina: La república conservadora*. Paidós.
Groh, D. (1973). *Negative Integration und revolutionärer Attentismus: Die deutsche Sozialdemokratie am Vorabend des Ersten Weltkrieges*. Ullstein.
Gutiérrez, L. (1981). Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914. *Revista de Indias*, 41 (163-164), 167-202.
Gutiérrez, L. y L.A. Romero (2007). *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Siglo Veintiuno.
Guy, D. (1981). Women, Peonage, and Industrialization: Argentina, 1810-1914. *Latin American Research Review*, 16 (3), 65-89.
Hobsbawm, E.J. (1979). *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica.
Hora, R. (2019). Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945. *Prismas*, 23 (1), 52-74.
Hora, R. (2020a). Izquierda, trabajadores y orden oligárquico, 1880-1900. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
Hora, R. (2020b). Trabajadores, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina, 1880-1900. *Desarrollo Económico*, 59 (229), 329-360.
Hora, R. (2021). Socialistas, anarquistas, católicos y liberales: Trabajadores y política en la Buenos Aires del novecientos. *Estudios Sociales*, 61 (2).
Hora, R. (2023). La izquierda argentina antes del amanecer de la democracia. Una historia de promesa y frustración (1880-1916). *Nueva Sociedad*, 308.
Hora, R. (2024). Conflicto social y conflicto político en la Argentina liberal. La huelga portuaria de 1902 y la sanción de la Ley de Residencia. *Anuario IEHS*, 39 (1), 223-252.
Hyslop, J. (1999). The Imperial Working Class Makes Itself 'White': White Labourism in Britain, Australia, and South Africa Before the First World War. *Journal of Historical Sociology*, 12 (4), 398-421.
Karush, M.B. (2002). *Workers or citizens: Democracy and identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*. University of New Mexico Press.
Lake, M. y H. Reynolds (2008). *Drawing the global colour line: White men's countries and the international challenge of racial equality*. Cambridge University Press.
Lobato, M.Z. (2004). *La vida en las fábricas: Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)* (2. ed). Prometeo.
Markey, R. (1996). Race and Organized Labor in Australia, 1850–1901. *The Historian*, 58 (2), 343-360.
Martín, M.P. (2020). *Los católicos y la cuestión obrera: Entre Rosario y Buenos Aires (1892-1919)*. Ediciones CEHTI.

Martínez Mazzola, R.H. (2008). *El partido socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)*. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.

McAdam, D., S.G. Tarrow y C. Tilly (2005). *Dinámica de la contienda política*. Hacer.

Noland, A. (1956). *The Founding of the French Socialist Party: 1893–1905*. Harvard University Press.

Palermo, S.A. (2013). En nombre del hogar proletario: Engendering the 1917 Great Railroad Strike in Argentina. *Hispanic American Historical Review*, 93 (4), 585-620.

PEHESA. (1982). ¿Dónde anida la democracia? *Punto de Vista*, 15.

Poy, L. (2014). *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*. Imago Mundi.

Poy, L. (2016a). "Neutralistas" y "políticos". Los debates en el Partido Socialista argentino acerca de la relación entre partido y sindicato, 1901-1904. *Avances del Cesor*, 13 (15), 19-38.

Poy, L. (2016b). Remaking The Making: E.P. Thompson's Reception in Argentina and the Shaping of Labor Historiography. *International Review of Social History*, 61 (1), 75-93.

Poy, L. (2019). Ajados nacionales y profundos revólveres. Trabajadores, elecciones y política en Buenos Aires en la primera década del siglo XX. *Conflicto Social*, 12 (21), 60-92.

Poy, L. y H. Rolf (eds.). (2025). *Rent Strikes: A history of collective tenant actions across the world*. UCL Press.

Roediger, D. (1991). *The wages of whiteness: Race and the making of the American working class*. Verso.

Rojkind, I. (2019). El diario *La Prensa* en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas. *Investigaciones y Ensayos*, 68, 55-79.

Romero, L.A. (1987). Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: La cuestión de la identidad. *Desarrollo Económico*, 27 (106), 201-222.

Salomone, A.W. (1945). *Italian Democracy in the Making: The Political Scene in the Giolittian Era, 1900-1914*. University of Pennsylvania Press.

Saul, K. (1985). Repression or Integration? The State, Trade Unions and Industrial Disputes in Imperial Germany. En W.J. Mommsen y H.-G. Husung (eds.), *The development of trade unionism in Great Britain and Germany, 1800-1914* (pp. 338-356). German Historical Institute.

Saxton, A. (1971). *The indispensable enemy. Labor and the anti-Chinese movement in California*. University of California Press.

Scheinkman, L. (2021). *La fábrica de chocolate. Trabajo, género y edad en la industria del dulce, Buenos Aires 1900-1943*. Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Stuart, R. (2006). *Marxism and national identity: Socialism, nationalism,*

*and national socialism during the French fin de siècle*. State University of New York Press.
Suriano, J. (2001). *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Manantial.
Thompson, E.P. (1968). *The making of the English working class*. Pelican Books.
Tilly, C. y S.G. Tarrow (2007). *Contentious politics*. Paradigm Publishers.
Valdez, I. (2023). *Democracy and empire: Labor, nature, and the reproduction of capitalism*. Cambridge University Press.
Virdee, S. (2014). *Racism, class and the racialized outsider*. Palgrave Macmillan.
Weitz, E.D. (1997). *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*. Princeton University Press.
Willard, C. (1965). *Les guesdistes: Le mouvement socialiste en France, 1893-1905*. Editions Sociales.